

Marchena siempre que su monomanía enciclopedista no le perturbaba el juicio (1).

Después del proceso y destierro del general Moreau en 1804, Marchena, que hasta entonces había sido secretario suyo y satélite de su política, se hizo bonapartista y fogoso partidario del Imperio, en el cual veía lógicamente la última etapa de la Revolución, y primera de lo que él llamaba *libertad de los pueblos*, es decir, el entronizamiento de las ideas de Voltaire, difundidas por la poderosa voz de los cañones del César corso. No entendía de otra libertad, ni de otro patriotismo Marchena, aunque entonces pasase por moderado y estuvieran ya lejanos aquellos días de la Convención, en que osó escribir sobre la puerta de su casa: «*Ici l'on enseigne l'athéisme par principes.*»

### III

La verdad es que Marchena no tuvo reparo en admitir el cargo de secretario de Joaquín Murat cuando en 1808 fué enviado por Napo-

(1) Consta la curiosa noticia que acabamos de consignar en el tomo II de la *Historia de Carlos IV* del abate Muriel, recientemente dada á luz por la Academia de la Historia (*Memorial Histórico Español*, t. XXX, páginas 199 y 200).

león á España (1). Acción es ésta que pesa terriblemente sobre su memoria, y más todavía cuando recordamos que ni siquiera la sangre de Mayo bastó á separarle del infame verdugo del Prado y de la Moncloa. ¡Cuán verdad es que, perdida la fe religiosa, apenas tiene el patriotismo en España raíz ni consistencia, ni apenas cabe en lo humano que quien reniega del agua del bautismo y escarnece todo lo que sus padres adoraron y lo que por tantos siglos fué el genio tutelar de su raza, y educó su espíritu, y formó su grandeza, y se mezcló como grano de sal en todos los portentos de su historia, pueda sentir por su gente amor que no

(1) Don Adolfo de Castro, en el artículo que con el título de *Un girondino español* publicó en el primer número de *La España Moderna* (1889), apunta los siguientes rumores, que no he visto consignados en ninguna otra parte:

«En aquel tiempo se decía que la protesta de Carlos IV, con motivo de la renuncia que el tumulto de Aranjuez le obligó á hacer en su hijo, se publicó anónima por Marchena en una imprenta habilitada dentro del palacio donde vivía Murat, para que no pudiesen ser sorprendidos ni secuestrados los ejemplares de orden del Consejo de Castilla. Más aún: los patriotas de aquel tiempo atribuían un escrito firmado por un coronel en defensa de Carlos IV y de María Luisa contra Fernando VII, á la artificiosa y desenvuelta pluma del abate Marchena.»

Ignoro la procedencia y el valor que puedan tener estas noticias, que en sí mismas no son inverosímiles.



sea retórica hueca y baladí, como es siempre el culto que se dirige al ente de razón que dicen *Estado!* Después de un siglo de enciclopedia y de filosofía sensualista y utilitaria, sin más norte moral que la conveniencia de cada ciudadano, es lógica la conducta de Marchena, como lógico fué más adelante el *Examen de los delitos de infidelidad* de Reinoso, que otros han llamado *defensa de la traición á la patria*. Uno de los más abominables efectos del positivismo filosófico y de la ideología política, fué entonces amortiguar ó apagar del todo en las almas de muchos hombres cultos el desinteresado amor á la patria. Viniera de donde viniera el destructor de la Inquisición y de los frailes, de buen grado le aceptaban los afrancesados, y de buen grado le servía Marchena.

Por aquellos días que antecedieron á la jornada de Bailén y á la primera retirada del ejército invasor, solía concurrir á la tertulia de Quintana, en quien por rara y feliz contradicción, digna de tan gran poeta como él era, pudieron vivir juntos el entusiasmo por las ideas del siglo XVIII y el patriotismo ferviente que le hizo abrazar desde los primeros momentos la causa nacional. No todos sus tertulianos le imitaron en esto. En los terribles folletos de Capmany, publicados en Cádiz en 1811 (1),

(1) *Cartas primera y segunda de un buen patriota que*

pueden leerse las semblanzas de algunos afrancesados y franceses con quienes Capmany tropezó en casa del cantor de *España Libre*, tales como el reformador de la Gimnástica Amorós, el abate Alea, Esménard y Mr. Quillet (famoso *incautador* de los cuadros de El Escorial). Entre estos personajes figura Marchena.

«Allí vi (dice Capmany) sabios y sabihondos, locos y cuerdos, eruditos y legos, hombres sanos de corazón y otros de alma corrompida.... Allí vi al renegado de Dios y de su patria, al prófugo, al apóstata y ateo Marchena, fautor, factor y espía de los enemigos que entraron en Madrid con Murat.»

Ya antes de este tiempo estaba Marchena en relaciones con Quintana y sus amigos de Madrid. Algunas alusiones de los versos del abate nos inducen á creer que en sus mocedades cursó algún tiempo las aulas salmantinas, donde pudo conocer á la mayor parte de ellos. Lo cierto es que desde 1804 fué colaborador de las *Varietades de Ciencias, Literatura y Artes*, firmando con sus iniciales *J. M.* (1), y

*reside disimulado en Sevilla, escritas á un antiguo amigo suyo domiciliado hoy en Cádiz* (Cádiz, en la Imprenta Real, 1811.) — *Manifiesto en respuesta al folleto titulado «Contestación de D. Manuel José Quintana á varios rumores y críticas....»*

(1) Un año antes que esta Revista había comenzado á publicarse otra no menos importante y famosa en la his-



presentándole al público los editores (de los cuales el principal era Quintana) como «un español ausente de su patria, más de doce años había, y que en medio de las vicisitudes de su fortuna no había dejado de cultivar las musas castellanas». Allí se anunció que proyectaba una nueva traducción de los poemas ossiánicos, más perfecta é íntegra que las de Ortiz y Montengón, y se pusieron para muestra varios trozos. Se conoce que á Marchena, falsario por vocación, le agradaban todas las supercherías, aun las ajenas, y por eso, traduciendo las rapsodias del supuesto bardo caledonio, anduvo más poeta que en la mayor parte de sus versos

toria literaria de aquel tiempo, el *Correo Literario y Económico de Sevilla* (1803-1808) órgano de la escuela poética sevillana, dirigido por el erudito D. Justino Matute. También en él colaboró Marchena, remitiendo algunas de sus poesías, cuyos originales se hallan en el ms. de París. En el tomo I del *Correo* (pág. 21) está la oda que principia:

Belisa duerme: el céfiro suave....

(con las iniciales *D. J. M.*)

En el tomo VII, pág. 117, la elegía que principia:

Del airado Mavorte la cruzada....

(con las caprichosas iniciales *R. V.*)

En el tomo XII, pág. 5, la epístola *A Emilia*, con estas iniciales: *P. D. J. M.*

En el tomo XIII, pág. 199, la traducción de la elegía de Tibulo *Quisquis adest, faveat*, firmada *D. J. M.*

originales; de tal suerte, que es de lamentar la pérdida de la versión entera, de la cual sólo quedan estos fragmentos, y los dos poemas *La Guerra de Caros* y *La Guerra de Inistona*, incluidos en el manuscrito de París. Como la poesía ossiánica de Macpherson, no obstante su notoria falsedad, conserva cierta importancia histórica, como primer albor que fué del romanticismo nebuloso y melancólico, y como una de las primeras tentativas de poesía artificialmente nacional y autónoma, quizás no desagrade á los lectores ver estampado aquí, tal como le interpretó Marchena, el famoso *Himno al Sol* con que termina el poema de Cárton: trozo lírico curioso por haber servido de modelo al *Himno al Sol* de Espronceda:

¡Oh tú, que luminoso vas rodando  
 Por la celeste esfera,  
 Como de mis abuelos el bruñido  
 Redondo escudo! ¡Oh Sol! ¿De dó manando  
 En tu inmortal carrera  
 Va, di, tu eterno resplandor lucido?  
 Radiante en tu belleza  
 Majestuoso te muestras, y corridas  
 Las estrellas esconden su cabeza  
 En las nubes: las ondas de Occidente  
 Las luces de la luna obscurecidas  
 Sepultan en su seno; reluciente  
 Tú en tanto vas midiendo el amplio cielo.



¿Y quién podrá seguir tu inmenso vuelo?  
 Los robles empinados  
 Del monte caen; el alto monte mismo  
 Los siglos precipitan al abismo;  
 Los mares irritados  
 Ya menguan y ya crecen,  
 Ora se calman y ora se embravecen.  
 La blanca luna en la celeste esfera  
 Se pierde; mas tú ¡oh Sol! en tu carrera  
 De eterna luz brillante  
 Ostentas tu alma faz siempre radiante.  
 Cuando el mundo oscurece  
 La tormenta horrorosa, y cruje el trueno,  
 Tú, riendo sereno,  
 Muestras tu frente hermosa  
 En las nubes, y el cielo se esclarece.  
 ¡Ay! que tus puros fuegos  
 En balde lucen, que los ojos ciegos  
 De Ossión no los ven más; ya tus cabellos  
 Dorados vaguen bellos  
 En las bermejas nubes de Occidente,  
 Ya en las puertas se muevan de Oriente.  
 Pero también un día tu carrera  
 Acaso tendrá fin como la mía,  
 Y sepultado en sueño, en tu sombría  
 Noche, no escucharás la lisonjera  
 Voz de la roja aurora:  
 Sol, en tu juventud gózate ahora.  
 Escasa es la edad yerta,  
 Como la claridad de Luna incierta  
 Que brilla entre vapores nebulosos.  
 Y entre rotos nublados.....

Estos versos, jugosos y entonados, aunque pobres de rima, son muestra clarísima de que sus largas ausencias y destierros no habían sido parte á que Marchena olvidara la dicción poética española, sin que todavía en aquella fecha necesitara recurrir para abrillantarla ó remozarla á los extraños giros, inversiones y latinismos con que en sus últimos años afeó cuanto compuso en prosa y verso.

A los pocos días de haber llegado Marchena á Madrid, donde todavía imperaba, aunque solamente *pro formula*, el antiguo régimen, se creyó obligado el inquisidor general D. Ramón José de Arce (varón, por otra parte, de carácter tolerantísimo y latitudinario, y aun tildado de complicidad con las nuevas ideas) á mandar prender al famoso girondino, cuya estrepitosa notoriedad de ateo había llegado hasta España escandalizando todos los oídos piadosos. Se le prendió, pues, y se mandó recoger sus papeles (algunos de los cuales tengo yo á la vista); pero Murat envió una compañía de granaderos, que le sacó á viva fuerza de las cárceles del Santo Tribunal. Con esta ocasión compuso Marchena ocho versos insulsos, que llamó *epigrama*, y que han tenido menos suerte que aquella su famosa chanza contra el ministro Urquijo, desdichado traductor de *La Muerte de César*, de Voltaire:



Ayer en una fonda disputaban  
De la chusma que dramas escribía  
Cuál entre todos el peor sería:  
Unos «*Moncin*», «*Comella*», otros gritaban:  
«El más malo de todos, uno dijo,  
Es Voltaire traducido por Urquijo.»

Otro recuerdo literario tenemos de Marchena, en este año de 1808. Es una tragedia clásica, *Polixena*, impresa entonces (1), pero no representada nunca, por los motivos que el autor, muy pagado siempre de cualquier obra suya, indica en el prólogo de sus *Lecciones de Filosofía Moral*:

«Su autor nunca quiso consentir en que se representara; no atreviéndose á fiar la obra de actores que, exceptuando Máiquez, ni la más leve tintura tienen de declamación trágica. Del mérito de esta tragedia no soy yo juez competente; mis elogios parecerían hijos de mi afecto, y si quisiera tratarla con rigor, me sucedería lo que á Dédalo: *bis patriae cecidere manus*.»

En el penúltimo número del *Memorial Literario ó Biblioteca Periódica de Ciencias, Literatura y Artes*; en el mismo que contiene

(1) *Polixena*, tragedia en tres actos por D. J. M. Madrid: en la imprenta de Sancha. Año de 1808. 8.º 50 páginas.

los sanguinarios bandos de Murat después del dos de Mayo, publicóse un largo artículo encomiástico de esta tragedia firmado con las iniciales *M. de C.*, que eran las de D. Mariano Carnerero, el cual entonces comenzaba su varía y azarosa carrera de periodista y diplomático, protegido del Príncipe de la Paz, afrancesado después de su caída, y, finalmente, camaleón político de todos colores, desde el liberal más exaltado hasta el realista más intransigente. Carnerero, pues, correligionario político de Marchena á la sazón, y quizá deseoso de entrar en el favor del Gran Duque de Berg por mediación de su secretario, escribió en 10 de Mayo de 1808 (fecha nada oportuna para hablar de otras tragedias que las que se representaban en la calle) un pomposo elogio de la *Polixena*, que termina con estas curiosas palabras:

«El Sr. Marchena manifiesta bien los conocimientos inmensos que posee en el arte difícil de la poesía dramática, y al mismo tiempo prueba cuán estudiados tiene los grandes modelos, cuyas huellas sigue con paso valiente. Desearíamos que esta tragedia se representase, tanto por ver el efecto teatral que puede producir, como porque es una de las poquísimas tragedias originales que poseemos dignas de citarse con aplauso. Acaso (nos atrevemos á decirlo sin rebozo) es la que más se acerca á las sublimes producciones de los griegos y de Racine.



Pero ¿dónde están los actores? Los pocos que algo valían están separados y consumidos con rencillas; pero, muy pronto, *un gobierno activo y amante de las artes va á decidir las necias querellas y á ponernos en el sendero de la prosperidad*, por el cual, al paso que las naciones se ilustran y fomentan, las artes imitadoras son protegidas, recompensadas é impelidas al punto de perfección que nunca tocan cuando *almas frías y destituidas de amor á las luces manejan á su albedrío la suerte de sus semejantes*. Entonces los literatos y los artistas ninguna disculpa tendrán si no progresan y corren á rivalizar con los más célebres modelos: entonces es interés nacional demostrar que si los españoles no habían adelantado como era justo, no era por falta de ingenio, y sólo si *por la fatalidad del indolente y viciado gobierno bajo el cual han vivido por espacio de dos siglos.*»

No haremos alto en la frescura que suponen estos vaticinios estampados en la misma página (1) en que comienza aquella famosa *orden del día*:

«Soldados: El populacho de Madrid se ha sublevado, y ha llegado hasta el asesinato..... La sangre francesa ha sido derramada; clama por la venganza.»

Pero apartando tan importunos recuerdos, que no dejan en muy buen lugar el patriotismo del crítico ni el del poeta, dudamos mucho

(1) 330 del *Memorial*.

que la *Polixena*, aun representada por Mái-quez, que á tantas tragedias débiles dió por algún tiempo apariencias de vida, hubiera podido triunfar en el teatro. El abate Marchena era humanista muy docto, pero no tenía ninguna condición de autor dramático. Su tragedia es un ensayo de gabinete, que puede leerse con cierto aprecio, el que merecen las cosas sensatas y los productos laboriosos de la erudición y del estudio: hay en ella felices imitaciones de Eurípides (1), de Virgilio (2), de Séneca el Trágico (3), de Racine (4), y de

(1) En su *Hécuba*.

(2) En el episodio de la muerte de Polytes (lib. II de la *Eneida*):

*Ecce autem elapsus Pyrrhi de caede Polytes  
Unus natorum Priami, per tela, per hostes,  
Porticibus longis fugit, et sacra atria lustrat*  
.....

La imitación de Marchena está en la escena segunda del acto segundo en boca de Polixena dirigiéndose á Terpandra.

(3) En *Las Troyanas*.

(4) Principalmente en la Andrómaca, de donde está tomado el carácter de Pirro, que Marchena procuró depurar de algunos rasgos de falsa galantería. Por ejemplo: había dicho Racine:

*Animé d'un regard, je puis tout entreprendre,  
Votre Iliion encor peut sortir de sa cendre:*  
.....

Marchena suprime lo de la *tierna mirada*, y prosigue así:



otros clásicos antiguos y modernos: no falta nervio y majestad en la locución: pero todo es allí acompasado y glacial: ni Pirro enamorado de Polixena, ni Polixena fiel á la sombra de Aquiles, llegan á interesarnos: la fábula, simplicísima de suyo, se desenvuelve, no en acción, sino en largos y fatigosos discursos; y para colmo de desgracia, la versificación es, con raras excepciones, intolerablemente dura, premiosa y, por decirlo así, desarticulada. No hablemos de la plaga de asonantes indebidos, porque éste es vicio general de todas las composiciones de Marchena, y en él más disculpable que en otros por el largo tiempo que había pasado en tierras extrañas, perdiendo el hábito de la peculiar armonía de nuestra prosodia. De todos modos, estos versos, faltos de fluidez y llenos de tropezones, robustos á veces por el vigor de la sentencia, pero ingratos casi siempre al oído, y por añadidura mal cortados para el diálogo dramático, hubieran hecho penoso efecto en un público acostumbrado á la sonora magnificencia de los versos del *Orestes*, del *Pelayo*, del *Oscar*, del *Polinice*

---

Mi mano que rompió las fuertes puertas  
De durísimo bronce, que guardaban  
De Priamo el palacio, sabrá un día  
Alzar del Ilión el sacro alcázar....

El sueño de Polixena está visiblemente imitado del de Atalía.

y de *La Muerte de Abel*. La *Polixena*, además, hasta por la inoportuno del tiempo en que salió á luz, no fué leída ni por los literatos siquiera, cayendo en el olvido más profundo, que quizá no merece del todo, aunque sea manifiestamente muy inferior á la tragedia italiana de Niccolini sobre el mismo argumento, premiada en 1811 por la Academia de la Crusca (1).

El intruso rey Bonaparte nombró á Marchena director (ó, como entonces se decía, *redactor*) de la *Gaceta* y archivero mayor del Ministerio del Interior (hoy de la Gobernación); incluyó su nombre en la lista de individuos que habían de formar parte de una grande Academia ó Instituto Nacional que pensaba fundar (2); le dió la condecoración de

---

(1) En francés hay, por lo menos, seis *Polixenas*, todas poco estimadas: la de Billord (1607), la de Lafosse (1696), la de Légouvé (1784), la de Aignan (1804), la de Vauzelles (1832), además de varias óperas. Creemos que Marchena sólo conoció ó tuvo presente la tragedia de Légouvé, pero su principal modelo fué la *Andrómaca*, como ya hemos dicho.

(2) El Sr. Danvila, que posee la lista original de los individuos que habían de formar parte de esta institución *non nata*, la ha dado á conocer en el último de los apéndices de su voluminosa y útil compilación sobre *El Poder Civil en España*. (Madrid, 1887, t. VI, pág. 688.) En este proyecto, que es muy curioso, figuran una porción de nombres verdaderamente ilustres en diversos ramos del



*Caballero de la Orden española* creada por él (que Moratín llamaba burlescamente *la cruz*)

saber humano, debiendo advertirse que se incluyen entre ellos algunos, como Martínez Marina, que no fueron afrancesados jamás, pero que por una u otra razón continuaron viviendo en Madrid durante la ocupación francesa, sin aceptar cargo alguno de los invasores. De todos modos la lista fué formada con mucha inteligencia, como lo prueban las calificaciones que acompañan á cada nombre. Aparecen en ella (aparte de otros menos conocidos) los matemáticos Pedrayes, Varas, Monasterio y Lanz (no *Sanz*, como está impreso); el físico Gutiérrez; el mecánico Sureda; los astrónomos Gutiérrez y Jiménez; los mineralogistas Hergen y Donato García; los botánicos Boutelou, Ruiz y Pavón, Zea, Rojas Clemente, Mociño; el agrónomo y veterinario D. Agustín Pascual; los médicos Luzuriaga, García Suelto, Rives y D. Eugenio de la Peña; el ideólogo Narganes de Posada; los juriconsultos Cambroner, Arnao y Sotelo; los economistas Sixto Espinosa y D. Fernando de la Serna, los eruditos é historiadores Marina, Llorente, Vargas Ponce y Navarrete; los arabistas Conde y Bacas Merino; los helenistas Canseco, Hermosilla, Tomás y García, y D. Benito Pardo de Figueroa (advertiéndose acerca de este último que se hallaba en Rusia, donde, en efecto, publicó en 1810 su traducción de once odas de Horacio en verso griego); el hebraizante Orchell; los humanistas Tineo, Melón, Cabrera, Estala y un D. Carlos Pignatelli, á quien se califica de «literato muy instruido, que trabajaba en una traducción de Lucrecio celebrada por los conocedores»; los poetas Moratín y Meléndez; los arquitectos Villanueva y Pérez; el escultor Agreda; los pintores Goya y Maella; los grabadores Carmona y Sepúlveda.

El nombre de Marchena, á quien se califica secamente de *escritor*, aparece colocado entre la Sección de Econo-

*del pentágono*, y los patriotas *la orden de la Berengena*); y le ayudó con una subvención para que tradujera el teatro de Molière, secundando en esta tarea á Moratín, que acababa de adaptar á la escena española, con habilidad nunca igualada, *La escuela de los maridos*. Marchena puso en castellano todas las comedias restantes, según afirma en sus *Lecciones de Filosofía Moral*; pero desgraciadamente se ignora el paradero de esta versión completa, que, á juzgar por las muestras que tenemos de ella, hubiera sido la mejor obra de Marchena y la que sin escándalo de nadie hubiese recomendado su nombre á la posteridad.

Sólo llegaron á representarse é imprimirse dos comedias, *El hipócrita* (*Tartuffe*), en 1811, y *La escuela de las mujeres*, en 1812; ambas recibidas con grande aplauso, especialmente la primera, en los teatros de la Cruz y del Príncipe (1). Estas traducciones, ya bastante raras,

mía Política y la de Historia, aunque ciertamente la índole de sus estudios no parecía llamarle á ninguna de las dos. Este proyecto es curioso porque demuestra la copia y variedad de elementos científicos con que, á pesar de todas sus desgracias, contaba España en los primeros años de este siglo.

(1) *El hipócrita*. Comedia de Molière en cinco actos en verso. Traducida al castellano por D. J. Marchena. Madrid, 1811. En la imprenta de Albán y Delcasse, impresores del ejército francés en España, calle de Carretas, núm. 31. 8.º, 142 páginas. Con una advertencia y una dedicatoria



disfrutaban de fama tradicional, sancionada por el juicio de Lista y de Larra, y en gran parte merecida. Marchena puso en ellas todo lo que podía poner un hombre que no había nacido poeta cómico: su mucha y buena literatura, su profundo conocimiento de las lenguas francesa y castellana. En la pureza de la dicción mostró especial esmero, y, quizá por huir del galicismo, cayó alguna vez en giros arcaicos y violentos.

«Sé, á lo menos (pudo decir con orgullo al frente

---

al Ministro de lo Interior Marqués de Almenara, en elogio del cual consigna la curiosa especie de que «á su munífica liberalidad debió el abate Casti algún desahogo en los postreros años de su vida».

—*La escuela de las mujeres. Comedia en cinco actos en verso, de Molière, traducida por D. Josef Marchena. De orden superior. Madrid, en la Imprenta Real. Año de 1812. 8.º, 141 páginas.*

Con dedicatoria al rey Josef en que se advierte que la traducción se daba á luz á expensas de la imprenta Real por orden de V. M.

El *Tartuffe*, sin advertencia ni dedicatoria, fué reimpresso hace años en la colección del *Teatro Selecto Nacional y Extranjero*, publicada en Barcelona por el editor Manero, y dirigida en parte por D. Cayetano Vidal y Valenciano.

No es exacto que Marchena tradujese *El avaro*, de Molière. Ninguna de las versiones castellanas que andan impresas es suya. Hay dos del siglo pasado, á cual peores, una de D. Manuel de Iparraguirre y otra de D. Dámaso de Isusquiza, que también estropeó *La escuela de las mu-*

del *Tartuffe*), que esta versión no está escrita en lengua franca; idioma que hablan tantos en el día, y en que allá ellos se entienden..... Declamen cuanto quieran en buen hora contra los que saben el castellano los que no le han estudiado..... Nuestros traductores y muchos de nuestros autores no han venido á caer en la cuenta de que como el latín se aprende en los autores latinos, así ni más ni menos el castellano se aprende en los castellanos.»

El punto flaco de estas traducciones ya le indicó Lista con su tino y buen gusto habitua-

---

jes con el título de *El celoso y la tonta*. Por el contrario, la traducción de *El avaro*, publicada en Segovia en 1820 por el capitán de artillería D. Juan de Dios Gil de Lara, está hecha con esmero y es apreciable, aunque todavía dista mucho de las de Marchena y de los dos arreglos de Moratín.

Al éxito del *Tartuffe* en 1811 hubo de contribuir, aún más que el soberano mérito de esta comedia, el espíritu anticlerical que reinaba entre los afrancesados, y que acaso quería ver en la pieza mucho más de lo que Molière había puesto. Prohibióse la representación en 1814, pero fué aplaudida de nuevo en la época constitucional de 1820 á 1823, sufriendo segunda prohibición en 1824. En el siglo pasado también fué puesto en el Índice el arreglo ó imitación que hizo D. Cándido M.<sup>a</sup> Trigueros, con el título de *El gazmoño ó Juan de Buen-alma*, aunque había procurado suavizar algunas frases y situaciones del original. Por el contrario, en Portugal el Marqués de Pombal, en odio á los jesuitas, había hecho representar en 1768 esta comedia, traducida por el capitán Manuel de Sousa.



les, al dar cuenta de una representación del *Tartuffe* en las revistas dramáticas que en 1821 escribía en *El Censor*:

«El Sr. Marchena, en quien la literatura española acaba de perder uno de sus ornamentos, y la libertad uno de sus más antiguos y constantes defensores, ha traducido con toda verdad el pensamiento de Molière, le ha hecho hablar español, y ha sabido conservar la gracia y el enlace de las ideas; pero sus versos en el género cómico carecen de la fluidez y armonía que hemos notado en las composiciones líricas de aquel sabio literato. Tiene la versificación cómica un giro particular, y con el cual es muy posible que no acierte un poeta muy estimable en otros géneros. La armonía cómica está ya irrevocablemente fijada en nuestra lengua por los versos de *El viejo y la niña*, *La mojonata* y algunas escenas de *El barón*, y todo lo que se separe de las formas que presentan estos modelos no será más que prosa asonantada (1).»

Con menos fundamento se ha tildado á Marchena (y lo mismo hubiera podido tildarse á Moratín) de haber trasladado el escenario de estas comedias á España, cambiando los nombres de los interlocutores. Devotos habrá de Molière, sobre todo en Francia, á quienes esto

(1) *El Censor*, periódico político y literario. Madrid, 1821: en la imprenta de *El Censor*, por D. León Amarita. Página 113.

parezca profanación intolerable; pero hay que tener en cuenta que estos arreglos se hicieron para la representación, y que si á unos, por saber el original de memoria, puede disonar el oír los conceptos de Molière en boca de don Fidel, D. Simplicio, D. Liborio Carrasco ó doña Isabelita, todavía más ridículo é intolerable sería para un auditorio español el que desfilaran por la escena Mad. Pernelle, Orgon, Damis, Flipote, Sganarelle, y otros personajes de nombres todavía más revesados y menos eufónicos. Si las comedias de Molière tienen, como nadie niega, un fondo humano, poco importará que este fondo se exprese por boca de *Crysale* ó por boca de D. Antonio.

Lo que principalmente falta á Marchena es gracejo y fuerza cómica. Pero el talento del hombre donde quiera se muestra, aun en las cosas que parecen más ajenas de su índole; y por eso las traducciones de Marchena se levantan entre el vulgo de los arreglos dramáticos del siglo XVIII *quantum lenta solent inter viburna cupressi*. Creo, sin embargo, que hubiera acertado haciéndolas todas en prosa, en aquella prosa festiva, tan culta y tan familiar á un tiempo, en que tradujo, años andando, los cuentos de Voltaire. Pero fuesen en prosa ó en verso, siempre habrá que deplorar la pérdida de estas comedias, y también las ilustraciones que Marchena pensó añadirlas y cuyo plan ex-



presa en el prólogo de *La escuela de las mujeres*:

«Se irán publicando las comedias de Molière, cada una de por sí y á medida que se fueren representando. Como apéndice de esta versión, saldrán adjuntas á algunas de ellas disertaciones acerca de nuestro teatro, en que, sin disimular los gravísimos yerros en que incurrieron nuestros antiguos poetas, haremos notar las hermosuras que á vuelta de ellos en sus producciones se encuentran. Trataremos en otras de la comedia francesa, del teatro cómico en general, etc., de modo que la colección de estos discursos pueda ser reputada por una Poética de la Comedia.»

No sabemos si algo de esto llegó á realizarse. Los papeles de Marchena sufrieron, en su mayor parte, extravío después de su muerte, pero no hemos de perder la esperanza de que algún día parezcan.

Además de las comedias de Molière tradujo y dió á los actores Marchena dos piezas cómicas francesas de menos cuenta, aunque muy celebradas entonces: *El amigo de los hombres y el egoísta* (que es el *Philinte* del convencional Fábre de l'Eglantine, que quiso presentar en ella una tesis contradictoria de la de *El misántropo*) y *Los dos yernos*, del académico Etienne, comedia ingeniosa que había tenido gran éxito en 1810.

Á pesar de sus méritos literarios, cada día mayores, Marchena no hizo gran fortuna, ni siquiera con los afrancesados (1), lo cual ha de atribuirse á su malísima lengua, afilada y cortante como un hacha, y á lo áspero, violento y desigual de su carácter, cuyas rarezas, agrrias por su vida aventurera y miserable, ni aun á sus mejores amigos perdonaban. Acompañó al rey José en su viaje á Andalucía en 1810, y hospedado en Córdoba en casa del penitenciario Arjona, escribió de concierto con él una oda laudatoria del intruso monarca, refundiendo en parte otra que el mismo Arjona había compuesto en 1796 para dar la bienvenida á Carlos IV. La oda no es tan mala como pudiera esperarse de un parto lírico de dos ingenios, y tiene algunos versos felices, por ejemplo aquellos en que convida á José á gozar las delicias de las márgenes del Betis, en que el cantor de la venganza argiva fingió la mansión de los bienaventurados y donde los fabulosos reyes Argantonio y Gerión tuvieron su pacífico imperio. Pero son intolerables las tristes adulaciones á la dominación extranjera, hasta llamar al usurpador «delicias de España»:

---

(1) Así lo afirma uno de ellos, D. José de Lira, en carta al Sr. de Cueto, escrita desde París en 1859. (*Poetas líricos del siglo XVIII*, pág. 621.)



Así el Betis se admira cuando goza  
 Á tu influjo el descanso lisonjero,  
 Al tiempo que de Marte el impío acero  
 Aún al rebelde catalán destroza.

Los versos son malos, pero aún es peor y más vergonzosa la idea. ¡Y no temían estos hombres que se levantasen á turbar su sueño las sombras de las inultas víctimas de Tarragona! No hay gloria literaria que alcance á cohonestar tan indignas flaquezas; ni toda el agua del olvido bastará á borrar aquella oda en que Moratín llamó al mariscal Suchet *digno trasunto del héroe de Vivar*, porque había conquistado á Valencia como él.

Un curioso folleto publicado en 1813 con el título de *Descripción físico-moral de los tres satélites del tirano que acompañaban al intruso José la primera vez que entró en Córdoba* (1), los cuales tres satélites eran el Superintendente de policía Amorós, el Comisario regio Angu-

(1) La portada prosigue de esta manera;  
*Con la descripción asimismo de la conducta rapiñadora de los generales franceses y su gran Napoleón, nuestro pérfido regenerador, con el solo fin de que todo español marche veloz á la guerra contra ese vil inhumano francés.* (Al final): *Córdoba.—Año de 1813.—Imprenta Real, 1813.* 4.º Papel de cuatro páginas, del cual debo comunicación á mi querido amigo D. Manuel Gómez Ímaz, docto é incansable colector de documentos relativos á la guerra de la Independencia.

lo, y nuestro Marchena, nos ofrece del último esta curiosa semblanza:

«Marchena, presencia y aspecto de mono, canoso, flaco y enamorado como él mismo; jorobado, cuerpo torcido, nariz aguileña, patituerto, vivaracho de ojos aunque corto de vista, de mal color y peor semblante; secretario del general Desolles, el segundo en la rapiña de Córdoba después de la entrada de Dupont, y con quien vino de Francia, donde se hallaba huido por su mala filosofía y peor condición (1).»

Ha de advertirse, en honor de la verdad y como nuevo testimonio de que Marchena valía, aun moralmente, más que casi todas las gen-

(1) Después de esta descripción en prosa comienzan unos que quieren ser versos, del tenor siguiente:

Son Amorós, Angulo y Marchena  
 Tres personas distintas y ninguna buena.  
 ¿Fiarás de Amorós, Marchena y Angulo?  
 De ninguno.  
 .....  
 ¿Y qué diremos del buen Marchena?  
 Que ni tiene la cruz de la berengena (\*).  
 ¿No es sabio de bella opinión?  
 Sí, preguntádselo á su amigo francmasón.  
 Además, siendo como es un bicho  
 Pequeño, bizco, feo y contrahecho,  
 Pretende con alta arrogancia  
 Ser de la revolución de Francia  
 Autor, y dice con satisfacción  
 Ser jefe de nuestra revolución.

(\*) Se la dieron después, en 1812.



tes con quienes tuvo la desgracia de unirse, que el anónimo autor del folleto se limita á burlarse de su menuda persona, extravagante facha y ridículas pretensiones amorosas, pero no le achaca ninguno de los asesinatos, rapiñas y sacrilegios de que acusa á Amorós y á Angulo.

Siguió Marchena en 1813 la retirada del ejército francés á Valencia. Allí solía concurrir de tertulia á la librería de D. Salvador Faulí, la cual gustaba de convertir en cátedra de sus opiniones antirreligiosas. Los mismos afrancesados solían escandalizarse, á fuer de varones graves y moderados, y le impugnaban, aunque con tibieza, distinguiéndose en esto Moratín y Meléndez. El librero temió por la inocencia de sus hijos, que oían con la boca abierta aquel atajo de doctas blasfemias, y fué á pedir cuentas á Marchena, á quien encontró leyendo la *Guía de pecadores*. El asombro que tal lectura le produjo acrecentóse con las palabras del Abate, que ya en otro lugar quedan referidas.

Ganada por los ejércitos aliados la batalla de Vitoria, Marchena volvió á emigrar á Francia, estableciéndose primero en Nimes, y luego en Montpellier y Burdeos, cada vez más pobre y hambriento, y cada vez más arrogante y descomedido. En 28 de Septiembre de 1817 escribía Moratín al abate Melón:

«Marchena preso en Nimes por una de aquellas

prontitudes de que adolece; dicese que le juzgará un consejo de guerra, á causa de que insultó y desafió á todo un cuerpo de guardia. Yo no desafío á nadie, y nadie se mete conmigo. (Y en postdata añade): Parece que ya no arcabucean á Marchena, y todo se ha compuesto con una áspera reprimenda, espolvoreada de adjetivos.»

Como recurso de su miseria, á la vez que como medio de propaganda, emprendió Marchena para editores franceses la traducción de varios libros de los que por antonomasia se llamaban prohibidos, piedras angulares de la escuela enciclopédica. Vulgarizó, pues, las *Cartas Persianas* de Montesquieu, el *Emilio* y la *Nueva Eloisa* de Rousseau, los *Cuentos y novelas* de Voltaire (*Cándido*, *Micromegas*, *Zadig*, *El Ingenuo*, etc.), el *Manual de los Inquisidores* del abate Morellet (extracto infiel del *Directorium Inquisitorum* de Eymerich), el *Compendio del origen de todos los cultos* de Dupuis (libro tan ruidoso entonces como olvidado hoy, en que se explican todas las religiones por la astronomía y el símbolo zodiacal), las *Ruinas de Palmira* de Volney, cierto *Tratado de la libertad religiosa* de un Mr. Benoist, y alguna obra histórica, como la titulada *Europa después del Congreso de Aquisgram*, por el abate De Pradt (1). En un pros-

(1) Como todas estas traducciones fueron impresas y